

MESTIZAJE Y NACIONALISMO EN *LA TIERRA EN ARMAS* DE DÁVALOS/SERRANO Y EN ALGUNOS ENSAYOS DE JUAN CARLOS DÁVALOS¹

Por Elisa Moyano- UNSA-CIUNSA

Hacia fines del siglo XIX y sobre todo en los albores de XX, un nuevo paradigma de lectura de la realidad latinoamericana comienza a imponerse en los círculos letrados de Hispanoamérica: el mestizaje. Difiere del que había sido utilizado —al menos en Argentina— por los liberales, la dicotomía civilización-barbarie, porque implica una reconciliación entre los dos polos de la antinomia que serviría para borrar las diferenciasⁱ. En el caso argentino, fue usado por los nacionalistas que enarbolaron al gaucho mestizo como estandarte de la Nación.

Informado por este paradigma, se produce un movimiento revisionista que rehabilita a los gauchosⁱⁱ y a los caudillosⁱⁱⁱ, sacándolos del cono de sombra donde los había colocado el ensayo^{iv} y la historiografía^v anterior. Como parte de ese movimiento, Salta rescata a su héroe, el Gral. Martín Miguel de Güemes, a través de la historiografía con el texto de Bernardo Frías^{vi}, el monumentalismo con el monumento al patriota realizada en 1926 por Víctor Garino y la literatura con la obra teatral de Dávalos/Serrano^{vii}. En otros trabajos, Dávalos recupera al gaucho.

El análisis de ciertos fragmentos de estos textos va a confirmarnos la utilización del paradigma del mestizaje con sobrestima de una de las vertientes que lo conforman por encima de las otras.

1.- El mestizaje en *La tierra en armas* de Dávalos/Serrano

Si bien la historiografía consigna que Güemes era criollo y no mestizo, en la intriga principal de *La tierra en armas* (se trata de la gesta güemesiana: la lucha del héroe contra de los realistas y su muerte), Güemes habla de sí mismo construyéndose como un mestizo idealizado, como una figura modélica que mezcla en su sangre la del indio y la del español^{viii}:

¿Razón de raza? Yo también por ella
no mezquiné la vida, cuando al lado
de Liniers, tomé parte en la defensa
de Buenos Aires, donde el pueblo criollo
sintió al chocar con tropas de Inglaterra,
que le brotaban garras y tenía
sangre caliente en las robustas venas.

¹ El presente trabajo fue publicado por la Revista Andes N° 14 (año 2003). La revista es una publicación del ICISOH, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Salta.

Vieja **sangre** cansada, **de leones**,
que al remozarse en las **indianas hembras**
con vigor inmortal echa a la vida
las almas libres de **una raza nueva**. (pág. 406)

La unión de sangres que conforma al héroe textualizado aparece como valiosa. Sin embargo, en la intriga secundaria, el romance entre la criolla Mercedes Pereyra y el capitán español Antonio de Vigil, se hace evidente la importancia que —para el “hijo de esta tierra”— tiene ser “cachorro de león”. Las entrecomilladas son frases que dice Güemes a Mercedes cuando ella queda encinta, se produce la retirada de las tropas realistas, es abandonada por su amante y repudiada por su familia:

Y tú, mujer, si en las entrañas sientes
un alma, una esperanza que clarea,
que sea tu consuelo y tu ilusión.
¡Cuida al hijo que es **hijo de esta tierra!**
Uno más para ayudarnos en la guerra.
¡Uno más!... ¡y **cachorro de león!** (pág. 418)

Casi al terminar la obra, con el último suspiro y antes de morir, Güemes besa a Argentina, la niña nacida de esos amores que es su ahijada, besa a ese “cachorro del león” y en sus últimas palabras dice:

Mis patriotas... mis amigos... no puedo más...
Muerdo por bala realista... Ahijadita...
Argentina... Te dejo en un beso, mi vida. (pág. 506)

Este fragmento ha llamado la atención de los estudiosos, los cuales hacen interesantes interpretaciones. Dice Marcela Sosa que en este parlamento se cambia lo realmente sucedido ya que Güemes antes de morir se dirige al Coronel Vidt (cita a Rafael Sosa para contrastar el dato), pero sirve para unir la intriga principal y la secundaria dado que la respuesta al conflicto entre españoles y americanos es justamente Argentina que era hija de español y criolla^{ix}. Susana Martorell de Laconi hace una interpretación biográfica. Dice: “Los autores de esta obra (criollo uno y español el otro) quisieron (...) simbolizar (...) la unión de ambos pueblos, sentimiento que aún estaba muy lejos de arribar en el momento histórico de la obra”^x. En ninguno de los dos casos se marca el detalle de que, al elegir el héroe despedirse besando a la hija del Capitán español, estaba revalorizando lo hispánico^{xi}.

Para reforzar esta idea digamos que, si releemos el autorretrato de Güemes recién mencionado en relación con los fragmentos que lo rodean, se desdibuja la índole mestiza del protagonista y comienza a ponerse el acento en todo lo relacionado con España. Leamos el diálogo que mantiene el héroe con el Capitán Vigil cuando éste había sido tomado prisionero por las huestes criollas:

CAPITÁN.- ¡Qué viva España siempre; honrada siempre!

GÜEMES.- *(Con naturalidad)*

Soy de vuestra opinión: ¡**Qué viva España!**

CAPITÁN.- ¿Y eso me decís vos? ¿Quién tal creyera?

GÜEMES.- Si digo mi sentir, ¿porqué asombraros?

Yo no odio a España, y por quererla mucho,
pues son peninsulares mis mayores,
sólo abomino de su rey cobarde
que traidor a su pueblo y preso en Francia
con mengua de su raza discretea... (pp. 405 y 406)

Antonio de Vigil glorifica la raza hispánica:

CAPITÁN.- Mirad que sigo siendo su vasallo,
y prisionero estoy.

GÜEMES.- ¡No es esa mi cuenta!

Defended a tal rey si halláis razones.

CAPITÁN.- Yo defendiendo el **honor** y la grandeza
De una **raza gloriosa** cual ninguna. (pág. 406)

Aquí Güemes responde con el autorretrato ya citado en el que —en cierta forma— también se glorifica a España. Él y el Capitán Vigil, a partir de ahí y al alabarse mutuamente, van defendiendo la raíz hispánica de ambos:

CAPITÁN.- Tiene vuestra **soberbia**, Comandante,
sello español. Y bien, creed que me alegra,
ya que Dios lo ha querido, estar en manos
de quien es grande y mi **altivez** respeta.

GÜEMES.- Os vi en Suipacha el ochocientos diez
Cubriendo con **honor**, la tarde aquella,
la retirada de los fugitivos (...)

CAPITÁN.- Comandante, ese elogio en vuestros labios
No abona mi valor, sí mi torpeza.

GÜEMES.- Bien franco soy...

CAPITÁN.- Lo creo y sabe el cielo
cuanto la libertad apeteciera
sólo por demostraros
a donde llega el corazón de Iberia

cuando se ve forzado
por odio o gratitud a saldar cuentas.

.....
GÜEMES.- Pues a pesar de la opinión menguada
que a los **buenos realistas** os merezca,
yo afirmo, Capitán, sin ofenderos
que en algo a vos Campero se asemeja.

CAPITÁN.- No comprendo...

GÜEMES.- Las mismas **altiveces**
esperaba de vos, que **el alma vuestra,**
es gemela de su alma generosa;
pero sin duda os falta una grandeza.^{xii} (pp. 406 y 407)

A partir de aquí reconocemos sucesivamente las razones por las cuales uno y otro defienden, no ya su ascendencia hispánica, sino su toma de posición respecto de la guerra que los enfrenta.

1.- Se colocan en boca de Güemes los motivos de la rebeldía patriota. Se trata de ideas políticas coloniales basadas en el derecho de aquella época: cuando un rey está ausente o no encarna legítimamente la autoridad, la soberanía vuelve al pueblo^{xiii}:

CAPITÁN.- ¿Y es ella?

GÜEMES.- Capitán, el ser rebelde.
El desdeñar la lealtad funesta
por un absolutismo que el derecho
sagrado de los pueblos pisotea.

CAPITÁN.- Después de Dios mi rey es mi divisa,
Y juré contra todos mantenerlas.

GÜEMES.- Vuestro **monarca inepto** sólo quiere
de estos pueblos la **estúpida obediencia,**
para que siga América colmando
el mar sin fondo de la real hacienda. (pág. 407)

2.- En los parlamentos del capitán español está presente la conciencia de la intervención de Inglaterra, detractora de España^{xiv} y aliada de los criollos durante los años de la Independencia.

CAPITÁN.- Historia que divulgan los rebeldes,
Que buscan, al **amparo de Inglaterra,**
Desprestigiarnos.

GÜEMES.- ¿Pretendéis entonces
que por vanas historias se sublevar
veinte naciones de una punta a la otra
del continente? ¡No! ¡Brava ceguera!

CAPITÁN.- Señor, España está sobrado lejos,

y quienes la **odian** y **detractan**, cerca:
y a fuerza de rodar, van **las noticias**
de boca en boca perdiendo en esencia,
y **aumentando rencor** que las infunde,
y creciendo la hiel que las impregna
que una cosa, Señor, es lo que se oye,
y otra distinta es la verdad primera. (pág. 408)

A partir de estos fragmentos, que rescatan además modos de pensar sobre la soberanía de los pueblos y la intervención inglesa en las épocas de la Independencia, se confirma que el héroe y otros personajes fueron construidos ya como mestizos con fuerte revalorización de la raigambre hispánica, ya como españoles bravíos. No aparece la misma sobrestima hacia la raíz indígena del mestizaje, ni hacia los aborígenes.

En efecto, el indio aparece bajo la forma de malón, que ingresa saqueando y robando mujeres en un episodio de *La tierra en armas* que permite unir genealógicamente este texto con los producidos desde el discurso literario argentino del siglo XIX que, atravesado por la antindigenista dicotomía civilización-barbarie, tuvo a la cautiva como una de sus figuras preponderantes^{xv}.

La primera referencia a los indios aparece cuando el capitán Vigil deja —por amor a Mercedes que ya ha dado a luz a Argentina— las filas enemigas para entrar en el bando patriota, se casa con ella y es destinado al fortín que contiene la llegada de la indiada a la ciudad capital. Güemes le dice:

Mañana y junto a mí, naturalmente,
quedaréis ante Dios mejor casado.
Y luego, si gustáis, con nuestra gente
podéis ir al Alumbre, que en cuidado
me tiene, por ser puesto adelantado
contra los indios Tobas del Oriente. (pág. 458)

Tiempo después, mientras su padre se encontraba cumpliendo la encomendada misión, la pequeña es raptada por los indios. En efecto, el malón ingresa al fortín y roba a la niña. La desolada madre huye por las quebradas para pedir ayuda en la ciudad. Al fin de su relato, en el que se pinta el cruel accionar del indio al arrancar a la chiquilla de su cuna, exclama “¡Los bárbaros matacos!” (pág. 495). Mas Güemes la consuela diciéndole:

Afortunadamente, los salvajes
gustan de las criaturas de los blancos,
y no suelen matarlas. (pág. 497)

En efecto, los indios no matan a Argentina, ella es recuperada por los patriotas y su historia viene a metaforizar la de su patria que también es rescatada de manos de los españoles.

A través de los apelativos con que el indio es designado (“bárbaro”, “salvaje”) y de su construcción hecha a partir de un estereotipo propio del antiindigenista discurso literario argentino del siglo XIX, el malón, es evidente que ese otro ha sido colocado en una casilla, en un lugar que lo marginó durante décadas (desde la construcción de la Nación hasta avanzado el siglo XX) e hizo difícil visualizar como positivo algún aspecto de su cultura. Se trata del cono de sombras de la dicotomía civilización-barbarie, o sea que en la construcción del indio hay un retomar ese paradigma.^{xvi}

2. El mestizaje en los ensayos de Dávalos “Collas y gauchos” y *Los gauchos*

En *La tierra en armas*, el retrato del indio responde al paradigma civilización-barbarie y el de Güemes al del mestizaje. Esto último es así porque él ya había sido reconocido en Salta como el héroe “gaucho”, por haber sido capaz de poner al servicio de la revolución la mano de obra ociosa del gauchaje, y porque el gaucho es definido siempre como fruto de la mezcla indo-española. Como tal lo describe el mismo Dávalos en textos de corte ensayístico que marcan (de nuevo) la superioridad de lo hispano:

El gaucho es un mestizo de español e indígena; pero, como ocurre siempre en casos análogos, al operarse la fusión, durante el periodo inicial de la conquista, la raza invasora prevaleció sobre la raza invadida, y ésta sirvió pasivamente, como sostiene Azara, a la hispánica, para que sus caracteres esenciales se perpetuasen en América.^{xvii}

Ante el predominio de lo español, se hace dominante la sangre hispana dentro de cada mestizo. Esto está presente en la “significación ideológica” que Dávalos atribuye a los ibéricos nombres de los gauchos. Hay —en las palabras que siguen, también tomadas de *Los gauchos*— una verdadera construcción de genealogías (humanas, no textuales, en este caso). Los gauchos son importantes por su sangre española y también por ser descendientes de los hombres que fueron milicias de Güemes:

Los nombres poseen con frecuencia, una significación ideológica, sugieren algo más que la simple imagen del ser que designan.

Y que bien me sonaron aquellos nombres!

—Lisandro Iscas, Borja Madrid, Amadeo Alzogaray, Narciso Arias... Al verles (sic) desfilar paso a paso, imaginé sin esfuerzo una fugaz escena de guerra. Y vi, allá lejos, en el fondo de la historia, a un Capitán Güemes, revistando su tropa diezmada en algún combate por las vanguardias de Olañeta. (pág. 399)

A pesar de este doble modo de elevar al gaucho, Dávalos había reconocido en el apartado “Collas y gauchos” de su libro *Los valles de Cachi y Molinos*, que en el Norte: “Vallistos y

fronterizos (...) representaban el tipo rústico, por donde gaucho fue —en la ciudad— sinónimo de *guasó* o mal hablado, de ignorante y bárbaro; al par que *colla* lo fue de bribón, solapado y mezquino^{xviii}.

En este mismo texto, se refiere al papel de Buenos Aires en la valoración positiva del gaucho:

Para que amenguara un tanto el valor despectivo de la voz gaucho, fue preciso que la gente norteña otorgase mayor crédito a las corrientes ideológicas de Buenos Aires y que de allá nos viniese, con la Revolución primero, con la consolidación de la nacionalidad más tarde, el prestigio militar, histórico y literario de esa palabra en su acepción genuinamente argentina, no tan clara, por cierto, hasta la fecha. (pág. 591)

Dávalos recorre (sin explicitarlo) el proceso de rescate del gaucho hecho en Buenos Aires hasta proclamar que allá el gaucho ha llegado a una cierta desmaterialización. En las afirmaciones siguientes creemos leer una alusión a *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes: allá se ha creado un mito; acá, en Salta el gaucho es una realidad.

Y todas estas variedades de gaucho (...) existían y existen en Salta, provincia no transformada aún por la inmigración, por el aumento de las explotaciones agrícolas y forestales, por el refinamiento de los ganados y por el progreso que europeiza al resto de la República. (pág. 592)

Y los hombres que a diario desempeñan estos trabajos no son fantasmas, ni alegorías artísticas, ni evocaciones novelescas, sino jinetes de carne y hueso. (pág. 593)

La afirmación de que se trata de una provincia sin inmigración y sin el progreso europeizante la coloca en el sitio de lo prístino y lo incontaminado (reservorio de lo esencialmente argentino, como veremos más adelante).

Si hasta aquí hemos buscado el porqué de la construcción de Güemes y de otros gauchos como mestizos, hemos constatado el origen “porteño” de la revalorización de este último (cuestión que tiene que ver con las doctrinas nacionalistas que desde allá llegaron y de las que hablaremos más adelante) y, habíamos visto en *La tierra en armas* la desvalorización del indio, reconozcamos ahora, en “Gauchos y collas”, el momento de origen de los mestizajes, las uniones de blancos con indias durante la conquista, y veamos —al remarcar el tipo de palabras que hacen referencia a “ellas”— cómo se las construye también desde una mirada antiindigenista.

Los soldados invasores no traían mujeres; y por lo tanto la mezcla con la raza aborigen —cuyas **hembras eran codiciable trofeo** de guerra—, fue una de las

más importantes consecuencias de la ocupación, a mediados del siglo XVI. (pág. 590)

Pero también aquí, en la tierra que podemos llamar el Chaco, los soldados tuvieron que **capturar** hembras indígenas y establecerse en *reducciones* al lado de los Jesuitas Catequistas (...). No era pecado casarse con indias convertidas y bautizadas, de donde resulta que tanto los actuales *vallistos* como los actuales *fronterizos*, constituyen razas cuya **mestización** continuó durante los años de la Colonia. Las contrapuestas condiciones geográficas en que ambas entidades étnicas hubieron de plasmarse, les imprimieron fisonomía propia; y ambas permanecieron distintas del español puro, latifundista por real merced, del cual dependieron siempre los mestizos (...) Es aquella clase culta en minoría (...) la misma que en la frontera llamó *gauchos* y en los valles calchaquíes llamó *collas* a sus humildes subordinados. (pág. 590)

Es importante mostrar que el texto marca no sólo la subordinación de gauchos e indios a los latifundistas, sino también que, los primeros mestizajes, surgieron a partir de la violencia: las hembras eran “trofeos de guerra” y eran “capturadas”. El libro *Los gauchos* refuerza esta idea de que había incursiones del patrón español por la selva, en las que se la limpiaba de alimañas. Esta limpieza es casi equiparada con las cacerías de hembras, y el sojuzgamiento de varones para trabajos agrícolas.

Durante largos años el patrón, aguerrido soldado, recio montañés de Asturias, organiza incursiones por la selva y al frente de su mesnada hispánica, en la estación propicia, **bate los montes y limpia de alimañas** el vasto feudo inexplorado.

Capitán y soldados, **capturan hembras indígenas; sojuzgan a los indios** varones y les (sic) obligan a desmontar extensiones de selva. Los vencidos cultivan la tierra bajo la férula de los vencedores y comienzan a verdear por Diciembre las primeras sementeras de maíz (...). Así, lentamente la conquista se afianzaba. (pp. 392 y 393)

La “captura” de indios para distintos usos los sitúa en un plano de inferioridad absoluto, en una cuasi “animalización” que no pertenece sólo a ese pasado remoto, la conquista y la colonia, sino que su vigencia ha continuado hasta el siglo XX. Veamos cómo se hace presente también en la carta de invitación de Güiraldes al poeta Valery Larbaud, transcrita por Dávalos al final de “Gauchos y collas”. La incorporación del texto es síntoma de aprobación. Son dignas de tenerse en cuenta la enumeración de las actividades a realizar y las comparaciones. Dice Güiraldes: “Cruzaremos caravanas de **burros** cargados de sal, compraremos algún cuerito de **chinchilla** o negociaremos un lote de **vicuñas** y si usted lo quiere se hará regalar alguna preciosa **chinita** de catorce abriles, tímida como una **corzuela**, de quien tendrá los huesos menudos, y dócil como los **gatos** de San Juan, de quienes tendrá los ojos sesgados”. (pág. 596)

3.- Las posibles raíces de este mestizaje hispanista y antindigenista

Ni *La tierra en armas* ni los ensayos constituyen una descripción general del mestizo, del mestizaje, o del proceso de su constitución (aunque los ensayos hacen pequeños aportes en este sentido) como las realizadas por ensayistas como Arturo Uslar Pietri, Salvador de Madariaga, o estudiosos como Fernando Ortiz^{xi}, sino que se trata textos que construyen mestizos ideales y lo hacen en el contexto de una determinada doctrina política.

Salvador de Madariaga describe al mestizo como “un español prisionero de un indio; y un indio prisionero de un español” lo que “crea entre las dos vertientes de su ser una tensión constante (...) Esta tensión del ser mestizo puede orientarse a una u otra vertiente: si a la hispana, da los casos (...) de solidaridad con lo español y ensalzamiento de los valores hispanos. Por aquí se va a la hispanidad. Si la tensión mestiza se orienta por el contrario a la vertiente india, se produce el antihispanismo y como su forma positiva el indigenismo”.^x Palabras con las que se intenta “describir” los conflictos del mestizo.

Uslar Pietri dice que, con el antecedente de la mestiza España, América Latina es una fragua donde el mestizaje ha producido el barroco de indias, el modernismo, las novelas de la tierra y las grandes novelas del siglo XX, por no dar sino unos pocos ejemplos.^{xi}

En *La tierra en armas* se trata del procedimiento utilizado por los escritores que, al construir mestizos ideales como Güemes, los proponen como emblemas^{xii} y figuras de identificación en el marco de una doctrina como el nacionalismo. Lo mismo sucede con los gauchos descendientes de las milicias del héroe dibujados en *Los gauchos*.

El rasgo común de los grupos que tomaron al mestizo como bandera fue su búsqueda de figuras que —extraídas del pasado reciente o no— emblematizaran la gran síntesis de la nación. No importaba que esas figuras hubieran tenido una existencia real como es el caso de Garcilaso en el Perú, o meramente ficcional como Martín Fierro en Argentina. En el primer caso, la operación de rescate fue realizada por Riva- Agüero a través del “Elogio del Inca”^{xiii} y, en el segundo, por Leopoldo Lugones en unas conferencias dictadas en el teatro Odeón y luego recogidas en *El payador* y por Ricardo Rojas en su recopilación de la literatura argentina. Tampoco importaba que, en su momento, esos personajes hubieran alentado “el ánimo reivindicativo y hasta subversivo de indios, mestizos y criollos”^{xiv} según la afirmación de Cornejo Polar al referirse al primero y aplicable al segundo. Lo que importa era que —al convertirse en emblemas de las respectivas naciones— fueran capaces de vincular a distintos grupos, de reconciliarlos disimulando la conservación del poder por parte de un sector (Perú) o la búsqueda de dominio de otro (Argentina). Y para hacerlo se estilizaba a las figuras citadas depurándolas de cualquier resto de barbarie.

En el caso que nos ocupa se trata de un nacionalismo que rescata lo hispánico del mestizo (no la remota raíz helénica como el de Lugones^{xv}) y que está atravesado como el de éste escritor por cierto antiindigenismo, a diferencia de otros nacionalismos argentinos que

también valorizan la unión de ambas vertientes sin desvalorización de lo indígena (Ricardo Rojas en *Eurindia*^{xxvi}). Se acerca en cambio a otros nacionalismos hispanoamericanos como el de Riva Agüero, cuya tesis sobre el inca Garcilaso glorifica lo hispano y desvaloriza lo indígena^{xxvii}.

Esas diferencias y esta semejanza con los textos de estos ensayistas nos hizo conjeturar acerca de la posibilidad de una genealogía textual andina para el texto de Dávalos basada en la cercanía con el texto sobre el Inca Garcilaso. Riva-Agüero hace mucho hincapié en la alcurnia de sus antepasados españoles. Dice al referirse al Marqués de Priego, pariente del Inca:

Grande de España de primera clase y antigüedad, Señor de Aguilar de la Frontera, **jefe y pariente mayor de la ilustre casa** de Córdoba como marqués consorte de Diego D. Alonso Fernández de Córdoba y Suárez de Figueroa, acreditado general, veterano de Argel, San Quintín y Flandes (...) **uno de los primeros próceres del reino**^{xxviii}.

Pero el componente autóctono está desvalorizado:

Y la **pobre niña** Isabel Chimpu Ocllo, vástago de una **rama menor y arruinada** desde Atahualpa, **mera** sobrina de Huayna Cápac (...) no fue sino una **manceba** del orgulloso Garcilaso, aunque hay que suponer que la estimara y la considerara excepcionalmente^{xxix}.

Saltan, otra parte, las diferencias con el texto de Lugones ya que en *El Payador*, Martín Fierro es sobrevalorado por la equiparación del héroe gaucho con las figuras heroicas de las epopeyas del Viejo Mundo al ser leído el texto como “poema caballeresco”:

Es que la civilización provenzal, fue, como diré luego, una continuación de la greco-romana, que los poemas caballerescos expresaron a su vez, presentándose como una amplificación directa del ciclo homérico. Así nuestro poema, resumiendo aquellos géneros característicos, evidencia su noble linaje, a la vez que comporta un hecho histórico importantísimo para la vida nacional^{xxx}.

En este trabajo de Lugones, los componentes originarios del mestizaje son depreciados, sólo se valora la síntesis del gaucho como un eslabón en la conformación de la nacionalidad:

Su desaparición es un bien para el país, porque contenía un elemento inferior en su parte de sangre indígena; pero su definición como tipo nacional acentuó en forma irrevocable, es decir, étnica y socialmente, nuestra separación de España, constituyéndonos una personalidad propia. De aquí que el argentino, con el mismo tipo físico y el mismo idioma, sea, sin embargo, tan distinto del español. Y es que el gaucho influyó de una manera decisiva en la formación de la nacionalidad^{xxxi}.

Tanto en Perú como en Argentina hubo entonces una adopción del paradigma del mestizaje, pero el rescate de lo hispano se realiza fundamentalmente en aquel país y esto nos llevó a suponer la raigambre andina del texto davaliano. Sin embargo, la amistad de Dávalos con los nacionalistas (eran ellos los que le prologaban sus libros) y la recuperación que —algunos de ellos— hacen de lo hispánico va a servirnos para aclarar el panorama.

4. Un mestizaje con raigambre nacionalista-hispanista

Digamos para comenzar algo acerca de la amistad que unió a Juan Carlos Dávalos con algunos nacionalistas que actuaron en las primeras décadas del siglo XX en Buenos Aires. Conoce a Gálvez cuando éste realiza un viaje por el interior del país como inspector de escuelas y entabla con él una larga amistad epistolar recuperada en un boletín de la Academia Argentina de las Letras^{xxxii}. Le solicita el prólogo de su primer libro que es realizado finalmente por Iburguren, nacionalista salteño residente en la Capital Federal. Gálvez finalmente prologa en 1926 *Salta*^{xxxiii}.

Pero más allá de estos datos biográficos, vamos a macar algunos de los aspectos que fueron rescatados por los nacionalistas a fin de confirmar que la escritura de Dávalos, en general, y *La tierra en armas*, en particular, entroncan con cierta facción del nacionalismo rioplatense.

1. Rescate del pasado preliberal y de las regiones del interior del país:

Nos interesan los vínculos del nacionalismo con el pasado preliberal que según David Rock se había refugiado en el interior porque los textos de Dávalos no sólo han recuperado el paisaje y los tipos regionales, sino también la figura del caudillo de Salta, ligada a ese paisaje:

En su estadio formativo, antes de la Primera Guerra Mundial, el movimiento mostraba fuertes vínculos provinciales, una cerrada mentalidad parroquial y una inclinación contraria a la ciudad de Buenos Aires. Estos rasgos evocaban al federalismo, el movimiento surgido durante las guerras de la independencia, después de 1810, para resistir a la dominación política de Buenos Aires y a un gobierno central manipulado por sus intereses mercantiles. Hacia la década de 1870, luego de su derrota a manos de los liberales, durante los gobiernos de B. Mitre y D. F. Sarmiento, los federales se extinguieron como fuerza política. Sin embargo su influencia se proyectó en el siglo XX por medio de un conjunto de memorias populares expresadas a través de versos, música o festivales locales (...). Particularmente en las zonas rurales y en ciudades antiguas del interior como Córdoba y Salta la desconfianza y el resentimiento hacia Bs. As. y hacia todas las influencias extranjeras demostraban que aquel pasado lejano aún permanecía^{xxxiv}.

La davaliana recuperación del terruño, presente en casi todos sus textos, se une entonces al rescate de las regiones del interior (y de los caudillos) hecho por los nacionalistas. A Dávalos ese refugiarse en el interior le sirve para ir en contra de la escritura afrancesada de los modernistas. Dice en una carta a Gálvez fechada en Marzo de 1913:

Recuerde que en esta región están los materiales nuevos para nuestra literatura del porvenir y hay que venir a ver la naturaleza todavía salvaje y olvidarse de los versos a las damiselas raquílicas, y de Verlaine y de las cosas de París. Fuentes agotadas. Después de todo usted piensa como yo, así que hablo de vicio^{xxxv}.

Recupera así, como todos los nacionalistas, las regiones interiores que aparecen como “salvajes”, puras e incontaminadas. Reconoce en ellas su capacidad generadora de poesía.

2. Rescate del gaucho

Rock no habla del mestizaje como paradigma, pero —en total coincidencia con lo que fuimos afirmando— dice con relación a la recuperación del gaucho, que el movimiento nacionalista, más que la simple evocación del pasado, corporizaba el redescubrimiento y la redefinición del pasado, colocando a sus héroes (no a los héroes) en un lugar central y dándoles la apariencia, a menudo bastante falsa, de ser parte de una ancestral tradición autóctona. Dice, citando a Ernst Gellner que “Sus mitos inventaban la realidad: declamaban defender la cultura popular, mientras en los hechos estaban forjando alta cultura”^{xxxvi}. Hay una clara alusión al rescate del canto oral de los payadores (y de sus cultores los gauchos) por parte de la elite letrada en las palabras de Graciela Montaldo — lo digamos como ejemplo de lo que afirma Rock— que en su libro *De pronto, el campo Literatura argentina y tradición rural* dice que Lugones “comienza por llamar la atención sobre la necesidad de establecer el noble linaje del poema de Hernández” para conciliar “la tradición popular-rural con la letrada-cosmopolita”^{xxxvii}.

Con su análisis, Rock no hace más que mostrar que los nacionalistas argentinos además de rescatar a los caudillos y las memorias populares de las zonas rurales y de las ciudades del interior, redefinen el pasado, consagran a sus héroes —Martín Fierro y con él al gaucho— y los colocan en un lugar central.

3. Rescate de lo hispánico

Pero éstos no fueron los únicos rescates del nacionalismo argentino, otro fue la recuperación de lo español. Rock menciona el periplo realizado por Manuel Gálvez quien después de una visita a España en 1906, de un resurgimiento de sus sentimientos religiosos en 1907 y de un largo viaje por el interior del país (es la instancia en la que conoció a Dávalos) tuvo la sensación de haberse convertido en un “verdadero argentino”, pero al mismo tiempo en “un español y un cristiano”^{xxxviii}. En *El diario de Gabriel Quiroga* de 1910, llamaba a espiritualizar el país^{xxxix}.

En literatura —dice Rock— también aparecían fuertes influencias españolas. “Fascinado por España”, declaraba Gálvez, “el más profundo e inquietante país que he conocido, y experimenté las emociones más intensas de mi vida, y tomé de Castilla muchos preceptos”. En la Argentina liberal, denunciaba Gálvez, España había sido injustamente “olvidada y ridiculizada”. Gálvez aprendió —continúa Rock— de la generación española del 1898 “a enseñar incesantemente el amor por el país, por sus paisajes, por sus escritores, por sus grandes hombres”. Muchas de las frases y de las expresiones comúnmente empleadas por los tradicionalistas argentinos —termina diciendo— eran tomadas de escritores españoles^{xl}.

Estos sentimientos hacia España están presentes también en Dávalos, su amigo, cómo ya vimos en muchos niveles de los textos trabajados, pero sobre todo en las comparaciones. Dice en *Los Gauchos*:

En presencia de rasgos de esta índole, yo he pensado en aquellos héroes civiles del teatro de Calderón, pundonorosos, ingenuos, celosos de su rango y de sus fueros; y esta ilusión me parece más próxima a la verdad cuando advierto que, a lo mejor, alguno de estos patriarcas barbudos se llama, por ejemplo, don Blas Madrid, como si dijéramos: Don Pedro Crespo, alcalde de Zalamea. (pág. 398)

En el prólogo a *Estampas Lugareñas* (Tomo II de las *Obras Completas*) aparecen sus lecturas de raigambre hispánica:

Ninguno de los poetas que comenzaban a brillar por entonces me satisfacía, ni menos me sentía capaz de igualarlos, porque en mi niñez y en la biblioteca de mi padre había leído a Lope, Calderón, Góngora, Santillana, Manrique, Fray Luis, etc. Y así, mi casticismo se subleva contra el aparatoso palabrerío y la manera afectada de simbolistas y decadentes.(pág. 715)

5.- Conclusiones

Hemos analizado algunos textos de Dávalos (*La guerra gaucha*, *Los gauchos* y “*Gauchos y collas*”) con un trabajo sobre el léxico en el que quedaban impresas las evaluaciones. Esta tarea fue realizada siguiendo el modelo teórico-metodológico de análisis de discurso que Cornejo Polar utiliza para “desenmascarar” el hispanismo del “Elogio del Inca” realizado desde el paradigma del mestizaje por Riva-Agüero en el Perú.

Cornejo dice que, en los esfuerzos conciliadores (lo que hemos llamado paradigma del mestizaje), hay un escamoteo de las posibles disputas entre los polos conjuntados y refiriéndose al trabajo de Riva-Agüero enuncia: “La tierna acepción de ‘conquista’ como amoroso abrazo se desvanece y la otra, la Conquista sin más (y sus consecuencias), vuelve a tocar sus tambores de guerra.”^{xli} y nos proporciona un método para “desenmascarar”

esto: “Para escucharlos no es necesario más que leer al revés del discurso de la armonía”^{xlii}.

Hemos realizado luego una búsqueda genealógica al marcar similitudes y diferencias de los mismos textos analizados con ensayos argentinos y peruanos.

Vamos a cuestionar ahora lo realizado preguntándonos si, a comienzos del siglo XXI, tiene sentido seguir trabajando a la manera de este distinguido estudioso. O si, realizada en tantos ensayos la ponderación del mestizaje como característica de Hispanoamérica (aún cuando se haga sobresalir la vertiente hispana del mismo), no sería preferible preguntarnos dónde estamos parados cuando “denunciamos” el hispanismo de las construcciones de mestizos hechas por nuestros escritores. Ver si, al hacerlo, no estamos estigmatizando todavía a España que —a diferencia de otras potencias imperiales— hizo posible la mezcla, y si, consecuentemente, no estamos siendo “seguidores acríticos”^{xliii} de las ideas novecentistas de la superioridad de las razas puras.

A propósito de esto, vamos a realizar(nos) para finalizar una serie de preguntas, ¿qué discursividad ancestral nos habla cuando denunciamos el hispanismo de los textos? ¿No está de nuevo sonando en nuestra boca la hiperbólica escritura del españolísimo Fray Bartolomé de las Casas sacando a luz las atrocidades cometidas por los encomenderos, autor de la mala prensa que aún pesa sobre España y que tanto sirvió a las potencias que en aquel entonces eran sus enemigas?^{xliiv} ¿En qué lugar de enunciación estamos parados cuando “denunciamos” el hispanismo de nuestro mestizaje? ¿Somos capaces de ver la raíz hispánica de casi todos nuestros apellidos cuando lo hacemos? La falta de reflexiones de esta índole, ¿tendrá que ver con los compromisos con la academia norteamericana de nuestros intelectuales más brillantes? Cuestionar todavía a España, ¿no es ser, como decíamos, seguidores acríticos de las ideas novecentistas de la superioridad de las razas puras y cómplices de los nuevos imperios?

ⁱ Para explicarlo digamos por ejemplo que, a partir de la década de 1890 en Argentina, un sector de la elite letrada, que había sido reacio a dejar de lado la división de la sociedad en dos razas disímiles por los privilegios jerárquicos que ésta le otorgaba, al vislumbrar que es inminente el ocaso de ese paradigma de lectura de la realidad americana a causa de las denuncias de los atropellos realizadas en textos como la defensa al Chacho Peñaloza hecha por José Hernández o como el *Martín Fierro*, comienza a generar uno basado en la conciliación de opuestos, el mestizaje, a través del cual realiza la reivindicación de algunos de los sujetos colocados anteriormente en el polo desvalorizado. Sobre la defensa al Chacho, ver Katra, William, *La generación del 37. Los hombres que hicieron el país*, Emecé, Buenos Aires, 2000.

ⁱⁱ En este caso, fue hecha por Leopoldo Lugones en unas conferencias dictadas en el teatro Odeón y luego recogidas en *El payador* y por Ricardo Rojas en su recopilación de la literatura argentina (citados más adelante).

ⁱⁱⁱ Domingo Ighina habla de un primer revisionismo que sitúa en los comienzos del siglo XX en las conferencias de David Peña sobre Quiroga. Dice: “Este (...) autor, cuyo texto se compone de una serie de conferencias dictadas en 1903 en la Facultad de Filosofía y Letras de la U.B.A., centrará su tarea revisionista de la historia nacional, en la recuperación de la figura de Facundo Quiroga, como encarnación y sentido del proyecto político federal.” Domingo Ighina, *El Libro de los Reyes. Ensayo sobre el caudillo en la narrativa de Manuel Gálvez*, Alción editora, Córdoba, 1998, pág. 35.

iv Por ejemplo ver: Sarmiento, Domingo Faustino, *Facundo*, Kapelutz, Buenos Aires, 1971.

v Por ejemplo ver: Mitre, Bartolomé, *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, Anaconda, Buenos Aires, 1971.

vi Frías, Bernardo, *Historia del General Güemes y de la Provincia de Salta*, Ed. De Palma, Buenos Aires, 1971.

vii En 1926, se presenta en teatros de Buenos Aires y de Salta *La tierra en armas*. En 1935 se edita en libro, en 1997 se la reedita en las *Obras completas*. Ver Dávalos, Juan Carlos, “La tierra en armas” en *Obras completas*, Volumen 2, Senado de la Nación, Buenos Aires, 1997^a.. De aquí en adelante se cita por esta edición con número de página entre paréntesis.

viii En todos los fragmentos vamos a destacar con negrita las cuestiones que se quiera resaltar.

ix Sosa, Marcela Beatriz, “La tierra en armas de Dávalos –Serrano (o las armas del teatro)”, Mimeo, pág. 7.

x Martorell de Laconi, Susana, *Estudios y ensayos sobre la narrativa y el teatro de Juan Carlos Dávalos*, Salta, 1991, pág. 101.

xi En ninguno de los dos trabajos se leyó tampoco que, en el autorretrato, el héroe se pinta a sí mismo como mestizo de español e indio.

xii En otro fragmento se marca la generosidad española. Dice GÜEMES.- Nada exijo, Capitán. / Decidle más bien a Castro/ que esto lo hice yo, y soy salteño,/ él lo es también. Si mostrando/ la condición generosa/ que los nuestros nos legaron/ quiere, por vos, devolverme/ alguno de mis paisanos,/ me daré por satisfecho. (pág. 414)

xiii Ver al respecto las ideas del filósofo Francisco Suárez, jesuita del siglo XVII, en Rodríguez, Jaime, *La revolución en la América española*, Fondo de Cultura Económica, México, 1996.

xiv Ver sobre este tema Moyano, Beatriz Elisa y Ángel María Casas Gragea “Los discursos del encuentro y el desencuentro desde el primer contacto entre Europa y América”, en *Aduli. Revista andaluza de ciencias sociales* N° 3, Minerva Artes Gráficas, Sevilla, 2003, pp. 67-81.

xv En textos como el de Esteban Echeverría, *La cautiva* o el de José Hernández, *Martín Fierro*.

xvi En un trabajo anterior, “Procesos discursivos de exclusión y de recuperación literaria de identidades colectivas marginadas. El caso argentino”, lo veíamos como la versión americana de la guerra de razas cuya teoría aparece durante la revolución francesa y a comienzos del siglo XIX, con Agustín y Amedée Thierry (en el *Facundo* de Sarmiento se menciona al historiador francés Jacobo Thierry, 1795-1856), transcripción biológica operada antes de Darwin de la guerra permanente que según Michel Foucault en *La genealogía del racismo* toma sus conceptos y su vocabulario de la anátomo-fisiología. Esta teoría, que instituye la presencia de una super-raza y de una sub-raza, habría de articular según él los movimientos de las nacionalidades en Europa y en América y todos los colonialismos externos e internos. A pesar de lo afirmado, sabemos que si bien en el siglo XVIII y XIX se teorizó sobre las razas, en la práctica, el discurso de la inferioridad del aborigen en el arco que va desde Las Casas a de Pauw (ver sobre este tema a Antonello Gerbi) hunde sus raíces en la época de la conquista, llega a Sarmiento y los hombres de la Generación del 37 que presentan en sus textos a los indios con caracteres y costumbres bestiales y perdura hasta avanzado el siglo XX. En *Cuadernos de Humanidades* N° 14, Facultad de Humanidades, Salta (en prensa).

xvii Dávalos, Juan Carlos *Los gauchos* en *Obras completas* Volumen 3, Senado de la Nación, Buenos Aires, 1997b, pp. 392 y 393. Las citas se harán en lo sucesivo por esta edición con número de página entre paréntesis y con anterior mención del texto al que nos referimos.

xviii Dávalos, Juan Carlos “Collas y gauchos” en *Obras completas* Volumen 2, Senado de la Nación, Buenos Aires, 1997a, pág. 591. Las citas se harán en lo sucesivo por esta edición con número de página entre paréntesis y con anterior mención del texto al que nos referimos.

xix Los procesos de transculturación que conducen al mestizaje fueron estudiados por Fernando Ortiz en *Contrapunto cubano del tabaco y del azúcar*, Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1963. Un resumen de sus investigaciones están en Aínsa, Fernando “Presupuestos de la problemática de la identidad latinoamericana” en *América*, Université de la Sorbonne Nouvelle, París.

xx de Madariaga, Salvador, *Obras escogidas. Ensayos*, Sudamericana, Buenos Aires, 1972, pp. 523 y 524.

xxi Uslar Pietri, Arturo, “El mestizaje y el nuevo mundo” en *En busca del Nuevo Mundo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1969.

xxii Armando Silva define el término emblema como el estandarte propio de un territorio y un tiempo determinados. Silva, Armando, *Imaginario urbanos. Cultura y comunicación urbana*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1997. En el caso del héroe gaucho, éste se convierte en el emblema de Salta. Dice Marcela

Sosa que *La tierra en armas* se instituye en un cohesionador de la identidad regional a través de esta figura modélica (pág. 11).

^{xxiii} Un análisis de este texto de Riva-Agüero se encuentra en Cornejo Polar, Antonio, *Escribir en el aire*, Ed. Horizonte, Lima, 1994, pág.104.

^{xxiv} *Ibídem.*, pág. 102.

^{xxv} Lugones, Leopoldo, *El payado*,. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979.

^{xxvi} Rojas, Ricardo *Eurindia*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1980.

^{xxvii} Sabemos que, hacia 1920, en el Perú al modelo hispanista conservador y hasta entonces hegemónico de Nación que propugnaba este ensayista se le opuso un modelo indigenista. No es el caso argentino: en este país el nacionalismo, hispanista o no, fue una reacción tanto contra el sector liberal de la oligarquía como contra los sectores medios constituidos —en su mayoría— por inmigrantes socialistas, anarquistas y radicales.

^{xxviii} Ver José de la Riva-Agüero “El Inca Garcilaso de la Vega” (conocido como “El elogio del Inca”) en *Obras Completas*, Universidad Católica, Lima, 1962, pág. 30, citado por Cornejo Polar, *op. cit.*, pág. 105.

^{xxix} Riva-Agüero *op. cit.*, pág. 9 en Cornejo Polar, *op. cit.*, pág. 105.

^{xxx} Ver Leopoldo Lugones, *El payador*, Biblioteca Ayacucho, 1979, pág. 66.

^{xxxi} *Ibídem.*, pág. 51.

^{xxxii} Montero, María L. “Cartas de Juan Carlos Dávalos a Manuel Gálvez” en *Boletín de la Academia Argentina de Letras*. Tomo XLIX, N° 191-192, Buenos Aires, Enero-Junio de 1984.

^{xxxiii} En ambos prólogos se mira a Salta como un reservorio de argentinidad. Dice Iburguren: “Allí deben libar nuestras líricas abejas para que el poema nacional perdure...” y el segundo: “Pero, a pesar de todo, permanece en Salta lo suficiente para que miremos a esta ciudad como la más completa y bella imagen del pasado argentino”. Ver Dávalos, Juan Carlos, *Obras Completas*, Volumen 1, Senado de la Nación, Buenos Aires, 1996, pp. 14 y 571.

^{xxxiv} David Rock, *La argentina autoritaria: los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*, Ariel, Buenos Aires, 1993, pp. 46 y 47.

^{xxxv} Roberto García Pinto, “Semblanza y recuerdo de Juan Carlos Dávalos” en Juan Carlos Dávalos, *El sarcófago verde y otros cuentos*, Fundación Michel Torino, Salta, 1976, pág. 131.

^{xxxvi} Gellner, Ernst, *Nations and Notionalism*, Basil Blackwel, Oxford, 1983, pág. 94, citado por David Rock, *op. cit.*, pág. 45.

^{xxxvii} Montaldo, Graciela, *De pronto, el campo. Literatura argentina y tradición rural*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo Editora, 1993, pág. 65.

^{xxxviii} Rock, David, *op. cit.*, pág. 60.

^{xxxix} *Ibídem.*, pág. 61.

^{xl} *Ibídem.*, pág. 65. Rock cita a Mónica Quijada, *Manuel Gálvez: 60 años de pensamiento nacionalista*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1985, pág. 27.

^{xli} Cornejo Polar, Antonio, *op.cit.* pág.106

^{xlii} *Ibídem.*

^{xliii} Ver al respecto: Puló, Mercedes, “Forma y sentido del testamento de Judas en algunas celebraciones pascuales de Salta” en *Revista Diálogos*, Año III N° 10, Salta, Agosto de 2003.

^{xliv} A propósito de esto ¿Hubo un fray Bartolomé que dijera las crueldades de la Conquista del Oeste NA? ¿Hubo un hijo de una sioux y un capitán británico escribiendo sobre las tradiciones de su pueblo a 50 años de la conquista de su tierra?

BIBLIOGRAFÍA NO MENCIONADA EN CITAS (O MENCIONADA SIN DATOS EDITORIALES)

Cebrelli, Alejandra, Víctor Hugo Arancibia y Mercedes Castelanelli. *Nativismo y función Histórica. Canonización, olvido y recuperación de la escritura de Juan Carlos Dávalos (1918-1976)*. Mimeo.

Echeverría, Esteban, *La cautiva*, Buenos Aires, CEAL, 1967.

Foucault, Michel, *La genealogía del racismo*, o Ed. Altamira, La Plata (Argentina), 1996.

Gerbi, Antonello, *La disputa del nuevo mundo. Historia de una polémica 1750-1900*, Fondo de Cultura Económica, México, 1960.

Güiraldes, Ricardo, *Don Segundo Sombra*, Losada, Buenos Aires, 1966.

Hernández, José, *Martín Fierro*, Losada, Buenos Aires, 1975.

Martín Crosa, Ricardo, *Hacedores de Mitos. Ricardo Güiraldes, Leopoldo Marechal*, Ed. Ojos del mirlo, Buenos Aires, 1999.

-
- Moyano, Elisa, “*Campo literario salteño. Pasado y Presente*”, Comunicación presentada al VII Congreso Nacional de Literatura Argentina, Chaco,1995.
- , “*La elección de lo andino frente a la hegemonía porteña en dos textos del noroeste argentino: “El viento blanco” y Trenes del sur*”, Memorias 2 de las JALLA 97, Quito, 1998.
- , “Procesos discursivos de exclusión y recuperación literaria de identidades colectivas marginadas. El caso argentino”, *Cuadernos de Humanidades*, Facultad de Humanidades, Salta, en prensa.
- Prieto, Adolfo, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Sudamericana, Buenos Aires, 1988.
- Rama, Ángel, *Los gauchipolíticos rioplatenses*, Vol. 1, Biblioteca básica argentina, Buenos Aires,1994.
- Rojas, Ricardo, *La literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en El Plata*, 3ra. Edición, Kraft, Buenos Aires, 1957.
- Sanders, Karen, *Nación y Tradición. Cinco discursos en torno a la Nación Peruana*, Fondo de Cultura Económica, Perú, 1997.
- Sanjinés, Javier, “El caso boliviano. Modelos estéticos de la cultura nacional”, *Rev. Tinkazos*, La Paz,1998.
- , “Subalternity within the “Mestizaje ideal” Negotiating the “Lettered Project” with the Visual Arts”. *Rev. Nepantla*. Views from South 1.2, 2000.
- Sorensen, Diana, *Facundo y la construcción de la Cultura argentina*, Beatriz Viterbo editora, Rosario, 2000.